

Contemplóla atentamente
 El doctor por un instante,
 Y animóse su semblante
 Con la espresion del placer.
 "Allí está" dijo; y cerrándola,
 Puso trás de la vidriera
 La luz, porque desde fuera
 Mejor se alcanzára á ver;

Mas en el balcon apenas
 Brilló un punto su bugía,
 Cuando la que enfrente ardía
 Despareció del cristal;
 Volvió á ocultarla, y volvieron
 A encender la de su casa,
 Y tres veces respondieron
 Con la misma á su señal.

Entonces bien satisfecho
 De que le habian comprendido
 Y de ser obedecido
 Con la misma exactitud,
 Acomodóse en su lecho,
 Y matando su bugía,
 Quedó el castillo hasta el dia
 En tenebrosa quietud.

CAPITULO IV.

I.

Iba á teñir el alba arrebolada
 Con luz de nácar y ópalo los montes,
 Con cuyas crestas mil Sierra-Nevada
 Cierra los pintorescos horizontes
 De la morisca vega de Granada...
 Y antes de continuar, será muy justo
 Que te advierta, lector, por si eres de esos
 Que en apurar las cosas tienen gusto,
 Y quieren que en los libros no haya nada
 Que su razon no tenga,
 Inklusos los excéntricos escesos
 En que suelo dar yo, que soy el hombre
 A quien menos importa que en sus obras
 La razon por quintales se contenga,
 O entre en ellas por faltas ó por sobras
 Y que me den ó no me den renombre,
 Como el lector con ellas se entretenga
 Y yo las venda bien; porque á fé mia
 Que cuando á mí la muerte como á todos
 Allá en la eternidad me precipite,

De lo que haga de mí y mi poesía
 La edad futura se me dá un ardite;
 Pues no hay libro ni autor, feo ó bonito
 Que, por diversos modos,
 No tengan á la par por malo y bueno
 La agena envidia ó el favor ageno.
 Pero dejando aparte digresiones
 Que no tienen que ver con este escrito,
 Vuelvo á entrar, ¡oh lector! en mis razones
 Y á mi presente historia me limito.
 Justo será, repito,
 Que sepas que la vega de Granada,
 Bien ó mal, como supo, por mi pluma
 En otros muchos versos celebrada,
 En aqueste momento no la cito
 Porque al presente libro me presuma
 Que dé importancia ó que valor añada,
 Por añeja costumbre ó por capricho
 Aunque no venga á cuento para nada,
 Sinó porque, aunque arriba no lo he dicho
 Al comenzar mi historia,
 La torre y el lugar innominados
 Y del doctor la misteriosa casa
 Donde la escena de mi cuento pasa.
 Segun la tradicion y la memoria
 De los libros para ella consultados,
 Al pié de la Alpujarra están situados:
 En uno de los valles pintorescos,
 Que de esta hermosa sierra entre los riscos,
 Se abren en los balsámicos confines

De la costa feraz de Andalucía:
 Que, triunfante rival de Berbería,
 Se aduerme al són de los traidores mares
 Que abrieron paso al africano un dia.
 País aun hoy sembrado de alminares,
 Alquerías, castillos y lugares,
 Que blanquean en medio de jardines
 Y bosques alfombrados de jazmines,
 De lirios y rosales siempre frescos,
 Y que aun guardan sus nombres pintorescos,
 Las tradiciones mil de los moriscos,
 Y la raza, costumbres y cantares,
 De sus antiguos dueños berberiscos;
 Que aunque vencidos á Africa volvieron,
 El risueño país en que habitaron
 Con su génio oriental poetizaron
 Y de recuerdos mágicos le hincheron.
 Por eso, al empezar este capítulo
 Que ha de ser el mejor por solo el título
 Del último, y por ser el que se encarga
 De llevar á su fin en esta hora
 Esta leyenda soñolienta y larga,
 Cristiana por mitad, por mitad mora,
 (Lo cual si no le pone entre los buenos
 Le dá opcion al *acesit* cuando menos.)
 Por eso, digo, cuando en él la aurora
 Comienza á despuntar, no es una pícia
 Esta declaracion no hecha hasta ahora
 De que salia el sol sobre Granada:
 Y tu estrañez, lector, fuera fundada,

Y tuvieras muchísima justicia
 Para llamarla intempestiva y nécia,
 Si el sol que este capítulo colora
 Saliera por Pekin ó por Bassora,
 O por Sebastopol ó por Venecia.
 Pero pudiendo yo situar mi cuento
 En donde mas á cuento me viniere,
 En su derecho está, si mal no siento,
 Cuando á su escena mi capricho quiere
 Al pié de la Alpujarra dar asiento;
 Así que, cuando dije que salia
 El sol sobre las costas donde muere
 La ola del mar que nace en Berbería,
 Lo dije porque el cuento lo requiere:
 Y aun cuando tan á cuento no viniere,
 Lo mismo que lo digo lo diria.
 Porque á mas que esta clase de leyendas
 Cuyo género á luz dí yo algun dia,
 (Por mas que como yo las dén al viento
 Hoy hasta los mancebos de las tiendas,
 Tienen la preciosísima ventaja
 De admitir todo estilo y todo invento,
 Y que ninguno su valor rebaja
 Como esté cultivado con talento,
 Quiero, lector carísimo, que entiendas
 Que siendo yo quien mi leyenda cuento,
 Aunque razon mas óbvia no tuviera,
 Tengo yo por razon muy soberana
 La de querer contarla á mi manera
 Y como á mí mejor me dé la gana;

Siquiera me lo tachen de mal modo
 Y estilo y gusto bárbaro y perverso
 Cuantas reglas acata el mundo todo,
 Y cuantos sábios cuenta el universo;
 Porque en obras de gusto y de capricho
 Que traen solo placer y no provecho,
 Todo se puede hacer, si está bien hecho,
 Y se puede decir, si está bien dicho.
 Conque téno, lector, en la memoria
 Y vamos adelante con mi historia.

Iba á teñir el alba arrebolada
 Con luz de nácar y ópalo los montes,
 Con cuyas crestas mil Sierra-Nevada
 Cierra los pintorescos horizontes
 De la morisca vega de Granada,
 Cuando el doctor, abandonando el lecho,
 Vistióse diligente
 Y al árabe balcon se fué derecho:
 De codos se apoyó en el antepecho
 Y se puso á mirar atentamente
 Su casa, que á lo lejos se divisa
 A la luz del crepúsculo indecisa.

Del castillejo del baron en frente
 Y á la boca del valle alpujarrefio,
 Su casita gentil ve que blanquea
 A través del vapor túrbio y calino
 Que, al soplo del ambiente matutino
 Resistiendo pesado, lentamente
 Para arrancarse de la tierra ondea
 Entre su móvil velo cristalino,

Como un beodo que al romper el sueño
 En que le hundió la pesadez del vino
 No puede despertarse de repente:
 Y por mas que procura
 El sopor sacudir de su beleño,
 Vacila y bambolea
 Antes de ser de sus sentidos dueño.
 Poco á poco la trémula cortina
 De vaporosa y pálida neblina,
 Que de la tierra sobre la haz posada
 Flotando se mantiene, resistiendo
 A la brisa del alba perfumada,
 Su masa de vapores oponiendo
 A su luz purpurina,
 Comenzó á enrarecerse á la influencia
 Del sol, del horizonte enrojecido
 Ya próximo á saltar, y fué cediendo
 De la brisa creciente á la violencia
 Con la vuelta del sol fortalecida.
 Se dilató, osciló, cedió arrancándose
 De la falda del monte, y desprendida
 De la tierra una vez, conforme sube,
 En la atmósfera limpia disipándose
 Se perdió entre las orlas de una nube;
 Y libre al fin de su flotante gasa,
 Apareció del médico á los ojos,
 Del sol naciente á los fulgores rojos
 Entre los verdes árboles, su casa.
 Contemplóla el doctor un breve instante
 Fresca, sencilla, alegre, blanca y bella

Destacarse en la falda del collado,
 A un corderillo blanco semejante
 Tendido entre los céspedes del prado.
 Contemplóla tenáz, como un amante
 La mansion donde está su objeto amado,
 Esperando tal vez ver su semblante
 Por ventana ó balcon inesperado
 Parecer y ponérsele delante.
 Contemplóla el doctor no corto trecho
 En sus recuerdos hondos embebido,
 Silencioso, sereno y distraído:
 Mas brotó de repente allá en su pecho
 Un recelo tal vez en él dormido;
 Y tan sola y pacífica al mirarla,
 Comenzó con afan á contemplarla:
 Y su ojo penetrante
 De su pupila inmoble y dilatada
 Luz de impaciencia á su pesar destella,
 Profundizar ansiando dentro de ella
 Por su quietud y soledad turbada;
 Pues de ella inquieto aguarda
 Ver alguno salir que en salir tarda.
 Y ya la faz, del corazon espejo,
 La luz de su impaciencia reflejaba,
 Y empezaba á fruncir el entrecejo,
 Y á contraer los labios comenzaba,
 Cuando su casa, de repente abierta,
 Vió que salir dejaba por su puerta
 Varias personas, cuya forma impide
 Distinguir la distancia y el reflejo

De la luz esplendente que las hiere,
 Y que al darlas de lleno contribuye
 A cambiar sus contornos, que aunque quiere
 Determinar la vista no los mide
 Ni les aprecia bien; pues la influencia
 Del exceso de luz y la distancia
 Les dan una fantástica apariencia;
 Y su forma real turba y destruye
 La ilusion que con trémula inconstancia
 La alumbra á su capricho, y la avecina
 Ó la aleja, la aumenta ó disminuye
 Siempre, pero jamás la determina.

Mantúvose el doctor al antepecho
 Pegado del balcon, los que salian
 De su casa mirando y en acecho
 De quienes fuesen, aunque no podian
 Reconocerse bien á tanto trecho.
 Mas fuéronse los que eran acercando
 Y su forma se fué determinando:
 De modo que al llegar del montecillo
 En que el castillo se alza á la ladera,
 Que eran comenzó á ver distintamente
 Dos criados á pié y una litera,
 Que suben lentamente
 Por la empinada senda del castillo.
 Dejóles el doctor que se acercaran
 Y su presencia en el balcon notaran;
 Y entonces el doctor por un pasillo
 Escusado tomando la escalera,
 Bajó al zaguan y levantó el rastrillo:

Que aunque ya no se echaba por el dia,
 Se bajaba de noche todavía.
 Nuestro viejo baron que nunca pudo
 Comprender que ningun hombre sesudo,
 Cuanto menos un noble castellano,
 Pudiera ni en invierno ni en verano
 Por el solo placer de ver la aurora
 Levantarse temprano,
 Cosa en que nunca halló ningun provecho,
 Estaba en esta hora
 Del sueño en lo mejor allá en su lecho.
 Y como por do quiera se aprovecha
 La baja y perezosa servidumbre
 De los defectos que en su amo acecha,
 Y la guarida oculta de sus vicios
 De sus señores con los vicios techa:
 La del baron, tomando su costumbre,
 Viéndose en la mansion de un perezoso,
 Cuando se echa en los brazos del reposo
 Como el baron á la bartola se echa;
 Así que á tales horas toda inerte
 La servidumbre del castillo duerme;
 De modo que el doctor abrió el postigo,
 Dió á aquella gente en el castillo entrada,
 Y á su aposento la llevó consigo,
 Y la dejó en su cámara encerrada,
 Sin hallar de su paso ni un testigo
 Y sin que nadie apercibiera nada;
 Y si hubiera tenido tal empeño
 Del castillo el doctor se hiciera dueño.

Mas es muy otra su intencion sin duda,
 Y no vienen tal gente y tal litera
 En tan villana accion á darle ayuda;
 Pues una hora despues saliendo solo
 De su cuarto el doctor y en él cerrados
 Dejando su litera y sus criados,
 Mostró muy bien que no era
 Capáz su alma de tan negro dolo,
 Del baron á la gente despertando,
 Con voz y accion de autoridad y mando
 Rompiendo la pereza de costumbre
 De aquella perezosa servidumbre.
 Saltaban los domésticos del lecho
 A la voz del doctor, que ante él derecho
 Les afeó su vergonzoso vicio:
 Y cuando estuvo ya bien satisfecho
 De que iba cada cual á hacer su oficio,
 Y que en muy breve espacio iba á ser hecho
 Por él pedido el matinal servicio,
 Yendo á la habitacion del castellano
 Llamó atento á su puerta con la mano
 Y así le dijo, con acento amigo
 Y cortés sí, pero con voz sonora:
 "Vamos, baron, arriba: que ya es hora".
 El buen anciano, que al sabroso abrigo
 De sus calientes sábanas dormía,
 Despertóse á su voz sobresaltado,
 Sin comprender muy bien qué sucedia:
 É interrumpido á ser no acostumbrado
 Hasta que bien entrado estaba el dia,

Dijo: ¿quién diablos es tan de mañana?
 Y el doctor de la puerta al otro lado
 Dijo: "yo soy, baron: vestíos presto
 Que todo está dispuesto."
 Al conocer su voz, la blanda lana
 Abandonando del mullido lecho
 De malísima gana,
 De la puerta á través por un estrecho
 Resquicio el buen baron de esta manera
 Habló con el doctor, que estaba afuera.

BARON.—¿Qué sucede, doctor?

DOCT. —Que ya os espero
 Para dar á Don Carlos el postrero
 Remedio: y fio en Dios que será sano.

BARON.—¿Pues qué hora es?

DOCT. —Las siete.

BARON. —¿Qué temprano!

DOCT. —Tengo mucho que hacer y he de partirme:
 Conque abreviad, baron.

BARON. —Voy á vestirme.

DOCT. —Pues á la puerta del salon aguardo.

BARON.—Allá voy.

DOCT. —No os tardeis.

BARON. —Id, no me tardo:

Dijeron, y el doctor á paso lento
 Fuéle á esperar del loco al aposento.

Entretanto el baron con mucha priesa
 Se comenzó á vestir: mas como en caso
 Tál suele acontecer que en priesa ó fuga
 Todo se traba, todo se atraviesa,

Y no puede á derechas darse un paso,
 Así el pobre baron por despacharse
 Ni prenda, ni útil á las manos halla;
 Lávose, mas el rostro al enjugarse
 No encuentra la toalla,
 Y al cabo con la sábana se seca;
 Se apura mas, y cuanto mas se afana,
 Todo lo hace al revés y lo trabuca:
 Busca medias de raya y son de greca,
 Y las que cree de seda son de lana;
 Cálzase, y los zapatos de pié trueca;
 Vá con ira á patear y en vago pisa
 Y por poco un tobillo no se enchueca:
 Pónese con la prisa
 Antes que la camisa la peluca,
 De modo que al ponerse la camisa
 El mechón del tupé plantó en la nuca.
 Desespérase, rabia, y con la ira
 Todo lo toma mal, todo lo tira;
 Equivóca los broches del justillo,
 Rasga el jubon y la valona arruga:
 Pero resuelto de cualquier manera
 A acabar de una vez, ya solo mira
 A que aguarda el doctor y echóse fuera
 De su aposento al fin: por el pasillo
 Lánzase á paso que parece fuga,
 Y cruzando sin tiento su castillo
 Vá diciendo de cólera amarillo:
 "¡Demonio de doctor! ¡cómo madruga!"

II.

Pero dejemos tan trivial estilo
 Soportable no mas por un momento:
 Obrar dejemos al baron tranquilo
 Segun su educacion y su talento:
 Y reanudemos el dorado hilo
 Que enlaza las figuras de mi cuento
 Con su historia gentil: porque es materia
 Que merece en verdad conclusion séria.

III.

Lejos ya de su oriente el sol cruzaba
 El firmamento azul de Andalucía,
 Y á su suelo poético auguraba
 Limpio, templado y apacible dia:
 Y ya su luz espléndida doraba
 Los arcos de la abierta galería
 Donde espera el baron, aun soñoliento,
 A que vuelva el doctor de su aposento.

La mesa del almuerzo preparada
 Tiene ante sí: mas fastidiado ahora
 De esperar, la cabeza reclinada
 Tiene en la mesa, cuyo centro dora
 El sol con solo un rayo; luz cortada
 En cuádruple losange por la mora
 Labor de la estaláctica techumbre
 De la masa fatal de la áurea lumbre.

Sobre el agua y cristal de una botella
 Este rayo de luz va á caer perdido,
 Y un íris circular en torno de ella
 Traza descomponiéndose: teñido
 En sus siete colores, los destella
 Sobre la plata y el metal bruñido
 De la bajilla; que, en reflejos rica,
 En derredor los quiebra y multiplica.

Y este fulgor, múltiple en reflejos,
 Que brota de la mesa y la circunda
 Cual si le produjeran mil espejos,
 De extraño resplandor la estancia inunda:
 Y al sol opuesto y de su foco lejos,
 No parece su luz del sol oriunda,
 Sino que nace á iluminar dispuesta
 Alguna estraña y misteriosa fiesta.

¿Quién sabe? Hé aquí que procurando el ruido
 Cáuto evitar, apareció en la puerta
 Del salon el doctor, sin que sentido
 Por fuera por el baron que no está alerta:
 Antes, de pechos en la mesa, hundido
 El rostro entre los brazos, mal acierta
 El médico á entender si es que medita
 Hondamente el baron, ó si dormita.

Volvióse pues, con él cuenta no haciendo,
 Y abrió de par en par: y levantando
 La cabeza el baron y al doctor viendo,
 Fuése hácia él la mesa abandonando;
 Mas estraños tras él apercibiendo,
 Preguntó en alta voz: "¿qué está pasando?"
 Y en la boca del doctor poniendo un dedo
 Respondió: "á verlo vais, pero hablad quedo."

Entonces los que á pié con la litera
 Al castillo escoltándola subieron,
 Dos Industánis que poseen entera
 La confianza del doctor, salieron
 Tras él, á brazo del salon afuera
 A Don Carlos sacando, á quien pusieron
 Tendido en un sofá que prepararon
 Y cerca de la mesa colocaron.

Con leve movimiento de cabeza
 Su servicio el doctor agradecióles,
 Y en el dintel de la desierta pieza
 En su lengua oriental órdenes dióles,
 Con digna autoridad mas sin fiereza:
 Ellos dijeron, "bien" y él despidióles;
 Y mientras él la puerta les cerraba
 Atónito el baron lo contemplaba.

Solos al fin los dos, el doctor que ase
 De su sillón que ante el sofá coloca,
 Hizo seña al baron que le imitase;
 Obedeció sin desplegar la boca,
 Del doctor la conducta haciendo base
 De la suya: y aquel, que el pulso toca
 De Don Carlos, su faz miró buen rato
 Y aplicóle un espíritu al olfato.

Invadieron sus átomos vitales
 El cerebro del mozo: á su presencia
 Se tendieron sus fibras cerebrales
 Cediendo á su benéfica influencia;
 Dió tension á sus órganos nasales
 Una ancha aspiracion, y él de existencia
 Señal con un suspiro profundísimo,
 Al cual unió su voz un ¡ay! dulcísimo.

Luego asomó á sus labios una errante
 Y halagüeña sonrisa: un carmin puro
 Coloró su pacífico semblante;
 Y roto al fin del sueño el velo oscuro,
 Los párpados pesados un instante
 Levantando, la luz miró inseguro:
 Pero de esfuerzo tál como cansado
 Volvió á cerrarles y á caer postrado.

Entonces el doctor volvió á hacer uso
 De su vital espíritu y con tiento
 Otra vez al olfato se le puso;
 Aquella el mozo despertó al momento:
 De lo que habia en su redór se impuso
 Con rápida mirada, y movimiento
 Recobrando y vigor incorporóse
 Solo, y tranquilo en el sofá sentóse.

Quedaron contemplándose un instante
 Los tres: el buen doctor se sonreía
 Con el loco, mirándole al semblante,
 Y él sonreír atento le veía;
 Contemplábales á ambos vacilante
 El padre entre el afán y la alegría:
 Y dueño ya de la impresion primera,
 Rompió á hablar el doctor de esta manera: